ESCOBA DEL CIELO

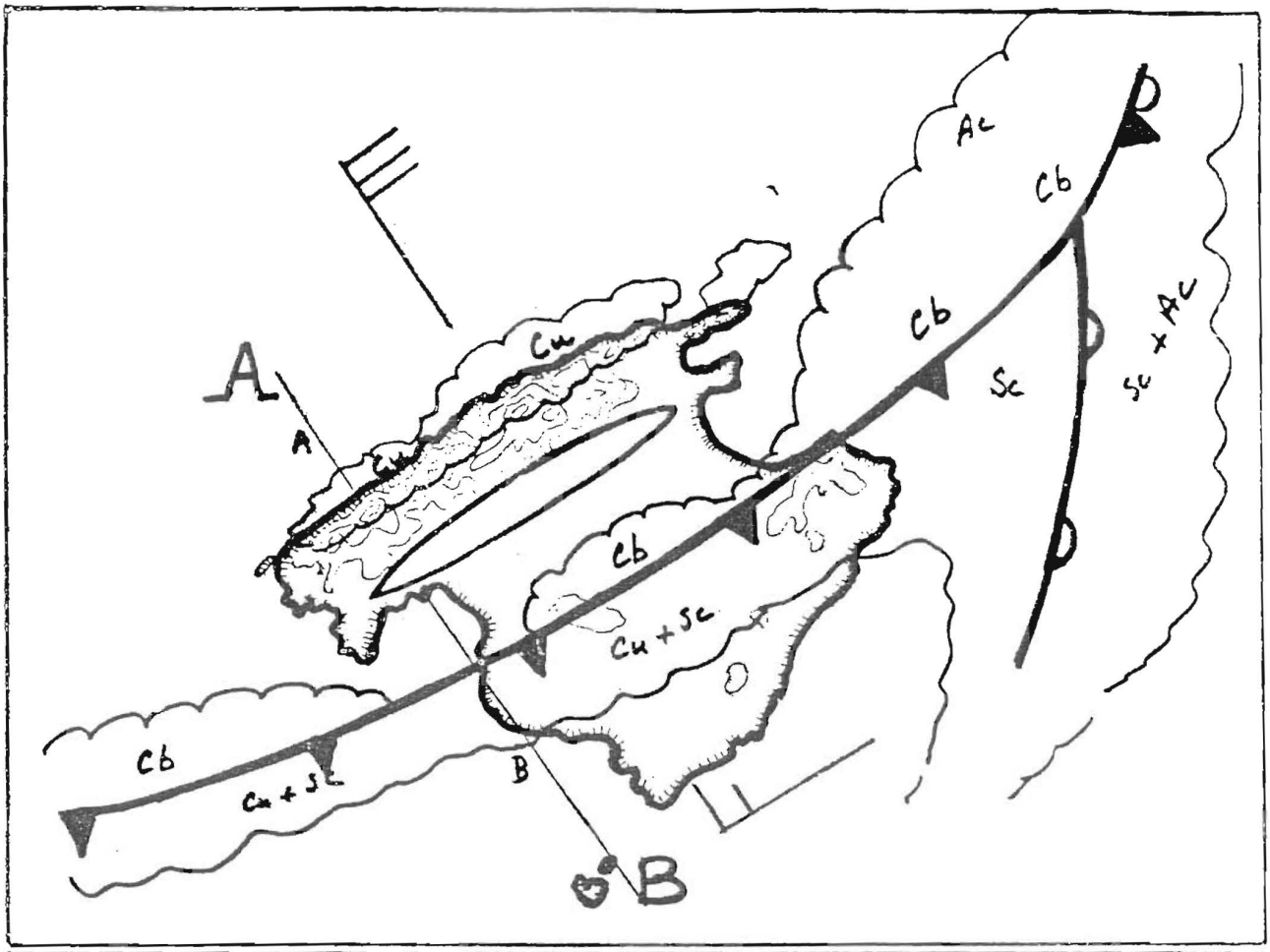
Por Jaime M.-GRANADA GELABERT

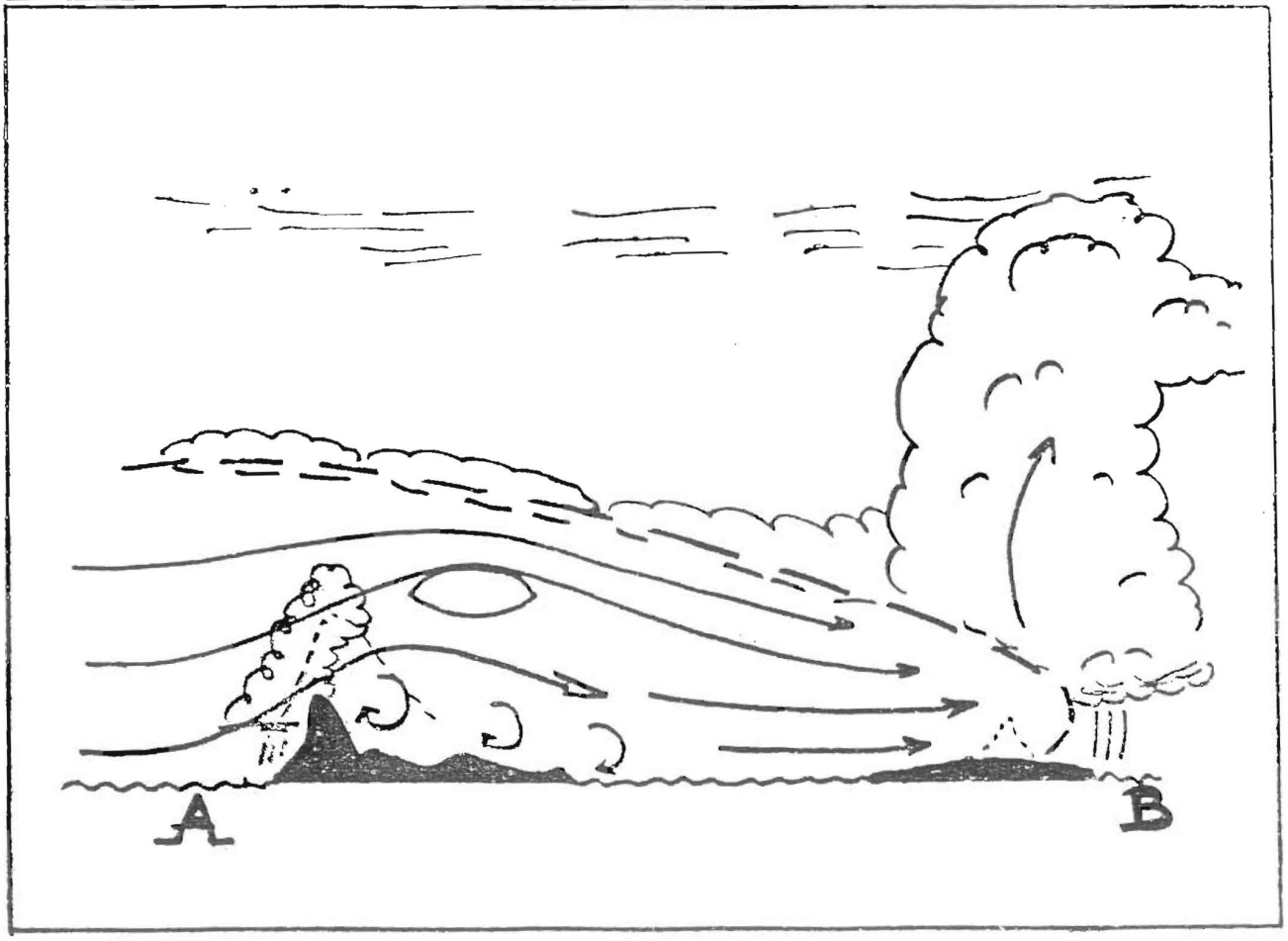
LA señal de salida para la regata de balandros, tres vueltas a un triángulo de balizas colocadas en la bahía de Palma, próximas a la bocana del puerto, estaba anunciada para las once de la mañana de aquel frío domingo de marzo. Horas antes, el proel y yo como timonel nos afanábamos en envergar el velamen. Habíamos sustituido los grilletes de la obencadura por otros más resistentes, más seguros, puesto que el día anterior, al ensayar varias maniobras, una racha poco más que mediana forzó un grillete del obenque de estribor, el cual abriéndose puso en peligro la arboladura a la que salvó, en afortunada maniobra, la muy oportuna orzada.

Preveíamos que el viento sería duro y racheado. Habíamos visto el mapa del tiempo y leído atentamente los boletines de predicción. En aquel momento teníamos la casi seguridad de estar en el sector cálido de la borrasca que se desplazaba por el norte de las Baleares. Había llovido un poco durante la noche, y ahora el cielo estaba con seis octavos de estratocúmulos, y el viento, al remanso del bosque y castillo de Bellver y de la sierra Burguesa, era sudoeste fuerza dos, o acaso tres. Se veían síntomas de la proximidad del frente frío, que habría de remontar la crestería de la sierra de Tramontana antes de abatirse sobre el llano de Mallorca y sobre la vertiente y la bahía de Palma. Además de la nubosidad convectiva detenida a barlovento en la cima de la cordillera, se veían ya algunos altocúmulos lenticulares, clásicos precursores del «mestral», del noroeste, que atacaba ya frontalmente al aire más cálido en que nos encontrábamos. La mar estaba de puntas adentro no demasiado picada, pero los largos mástiles de los veleros, hacia el gris del cielo apuntados, oscilaban como péndulos invertidos al ritmo marcado por la mar de fondo, la mar vieja, que llegaba hasta los pantalanes del Club Naútico, en donde los balandros tensaban o soltaban sus amarras.

Ya la señal de atención en la línea de salida nos había advertido que faltaba el tiempo reglamentario para el comienzo de la regata, y mientras los patrones maniobraban astutamente para apoderarse del barlovento, de súbito, con reciedumbre, saltaron las primeras rachas del «mestral», viento de tierra que irrumpía a borbotones en el área de la competición deportiva, después de vencer los inumerables obstáculos que a su avance le presentaban las sierras y sus estribaciones, los campos de almendros y las altas edificaciones que se asoman a la propia orilla del mar. Certo, muy certo, fue el chubasco de gruesas y frías gotas de agua, mezcladas con algún gránulo de hielo, que cayeron de los desgarrados cúmulo-nimbos del frente frío invasor, que se dejaba grandes masas de sus nubes detenidas en la pared montañosa y en los acantidados de la sierra noroeste de la isla.

El primer recorrido de la regata fue navegado con viento en popa, cuando lo pensado era que la primera boya se montara en dura y ajustada ceñida. A veces, la pericia de los patrones no conseguía evitar la inoportuna y peligrosa transluchada y los desperfectos en velamen y arboladura consiguientes, cuando cambiaban bruscamente su dirección las duras rachas del «mestral», filtradas por los obstáculos de la cercana costa. Aunque la mar no presentaba oleaje importante, no lo consentía ni el escaso recorrido ni la limitada persistencia, las duras rachas del viento frío levantaban rociones de agua helada que nos hacía tiritar, sobre todo al aumentar en las ceñidas el viento relativo, pese al esfuerzo y a la atención constante a que nos obligaba el desigual ímpetu del viento, mientras

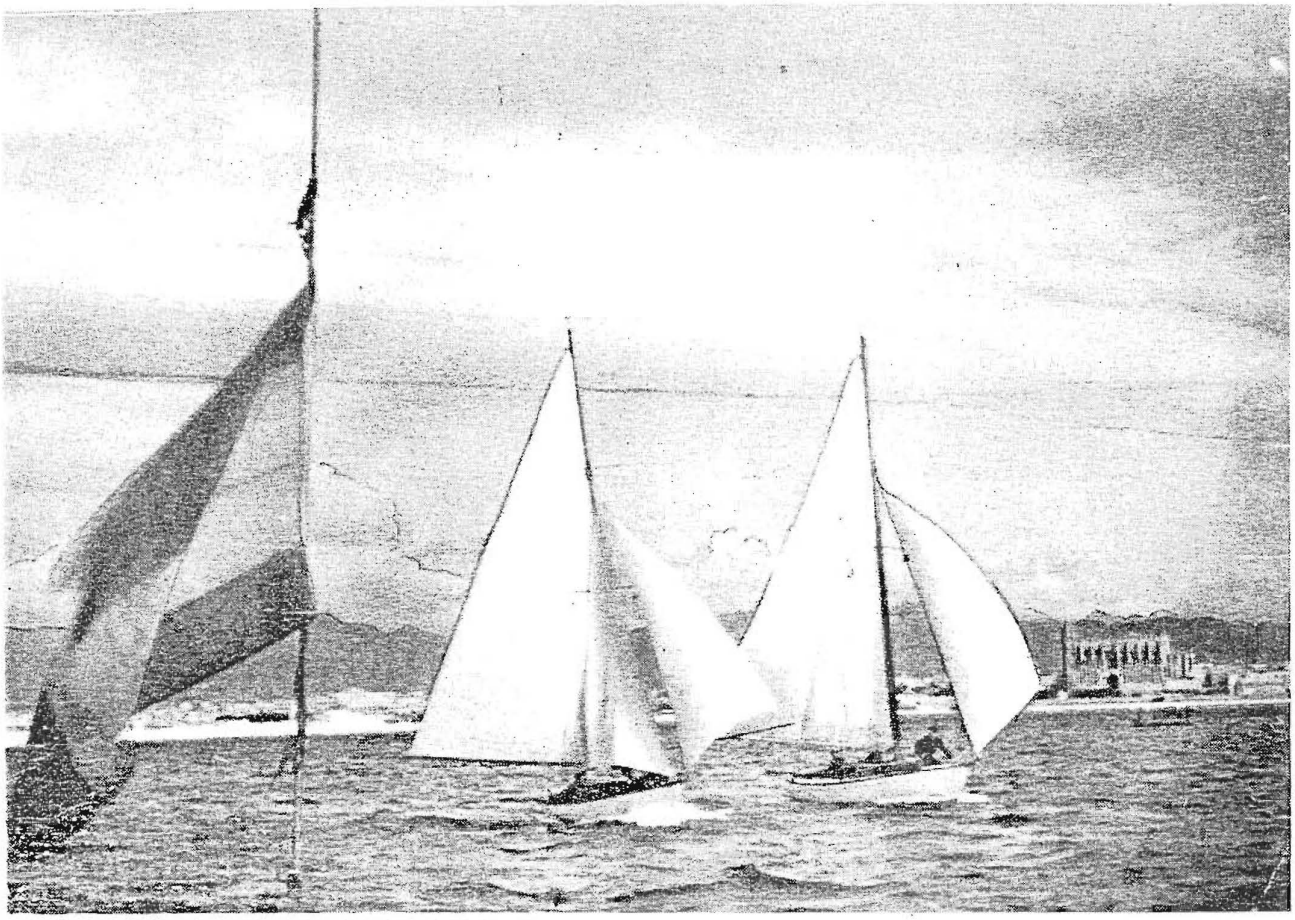

Ac
Cb
Cb
Sc
Sc + Ac
Cu
A
A
Cb
Cu + Sc
Cb
Cu + Sc
B
B


A
B

el cáñamo de la escota, presta siempre a ser largada, sacaba ampollas en nuestras ateridas manos.

De pronto la vimos. En el desgarrón que en la nubosidad del frente había producido el cuchillo afilado de la cordillera apareció majestuosa la nube, el rollo alargado de la «moazagotl», bello especimen del grupo de las «margaredes». Establecido ya permanente en el Mediterráneo, el flujo de aire del noroeste, en la ondulatoria formada por el ortogonal obstáculo presentado por la barrera montañosa de Mallorca, brillante y recortándose cada vez más en el azul del cielo que asomaba rápidamente a medida que se iba retirando el frente frío y empezaba a funcionar el mecanismo termodinámico del efecto «foehn», aparecía la nube extensa, paralela a la línea montañosa, a sotavento y elevada, uniendo las costas de Andraitx con las aguas de Alcudia con el arco perspectivo de su luz brillante, reflejo del sol del mediodía.

Mientras tanto en el llano de Palma y en la bahía, en donde nos afanábamos los balandristas en virar las balizas los primeros, desaparecían las nubes como por encanto. El «mestral», «escoba del cielo» en el viejo decir de los pescadores, barría ya de la bahía la nubosidad antes existente y dejaba solamente que se asomaran por las cumbres las crestas de las nubes que regaban las laderas de la vertiente norte, respetando, eso sí, y alimentando también la lenticular masa alargada que parecía contemplar desde lo alto la competición deportiva. El sol ya inundaba la atmósfera a raudales. La catedral de Palma había vuelto a encender de color rosa la piedra caliza de sus fachadas, bañadas por los fuertes rayos que se adivinaban taladrar las coloreadas vidrieras de sus ventanales hasta alcanzar los recónditos altares. Y en el remanso, en el débil remolino de los vientos que bajaban de los montes, las velas habían reducido su presión sobre la jarcia hasta casi anularla y colgaban fláccidas de los palos en la encalmada que había casi repentinamente sustituido al racheado noroeste. Y el mar se había vuelto transparente, y el aire se había caldeado hasta el punto de tener que despojarnos de las ropas de agua que nos hacían estallar en incómodo sudor. Y al rápido hendir las aguas las rodas de los barcos, había sucedido el desesperante navegar con viento en calma, obligando a los patrones a ventear la zona de posibles, aunque débiles, rachas y, a más de un pícaro navegante, a ayudarse con la mano a guisa de remo con riesgo evidente de sufrir la penalización reglamentaria.



No importaría luego quién fuera el vencedor. La regata había puesto en evidencia, una vez más, la destreza marinera de las tripulaciones que habían iniciado la lucha con tiempo pésimo, frío y ventoso, y la terminaban bajo el dosel de la nube «moazagotl» recostada sobre Mallorca, en un aire caldeado y claro por obra y gracia del «mestral», la «escoba del cielo».